



REGRESO DE ROMA

Nuestra Madre nos ha dicho en el Capítulo que nos traía todas las bendiciones del Santo Padre, que había estado de una bondad extrema para con ella y le había concedido todas las indulgencias que ella le había pedido. Nos ha dicho que, reuniéndonos por primera vez después de su regreso, quería recomendarnos dos virtudes que ella había visto practicar en Roma muy particularmente: la fe y la humildad.

Debemos tener un gran espíritu de fe en todo lo que hacemos, ver a Dios en todo, ver su voluntad en todo lo que nos pasa. Todos los Obispos que han escrito sobre nosotras a Roma han hablado de nuestra devoción especial por el Santísimo Sacramento y la Santísima Virgen como signo distintivo de nuestra Congregación. Es necesario conservar y aumentar en nosotras esta devoción, lo mismo que un gran amor por la Iglesia, por el Santísimo Sacramento y orar mucho.

Debemos también aplicarnos particularmente a la humildad. Nuestra Madre ha estado asombrada de ver en Roma a todos los religiosos, a todos los cardenales tener unas maneras tan humildes, tan deferentes, tan dulces y benévolas. Es encantador ver las relaciones que tienen unos con otros. No se encuentra nunca nadie dominante, cada uno está siempre dispuesto a hacer un servicio y a decir una palabra agradable. Sin duda, eso no quiere decir que todo el mundo sea verdaderamente humilde, pero, en fin, esta humildad exterior ayuda y allana muchas dificultades.

Nuestra Madre nos ha recomendado tratar de imitar a estos santos personajes, ser siempre deferentes y llenas de benevolencia, olvidarnos siempre para dar gusto a los demás, jamás lamentarnos, mostrarnos dulces y humildes en todas las circunstancias.

Por otra parte, el 23 de julio de 1866, Madre María Eugenia escribe a un sacerdote de Roma:

“Para mí, mi buen Padre, Roma ha hecho tanto bien a mi alma, traigo tantas gracias y consuelos que el abatimiento y la inquietud no me vencen. He sentido tanto las gracias de Nuestro-Señor en la tumba de los santos apóstoles, a los pies del Vicario de Jesucristo y en la sabiduría y el espíritu de fe de todos los que tuve que ver en Roma, que tengo todavía lleno el corazón. Espero, por tanto, imitar lo que he visto y mantenerme en calma y confianza en las dificultades.” (n° 3752)

Este Capítulo se sitúa en el contexto de "del asunto Véron", alrededor de la presentación de las Constituciones en Roma. En julio, la situación permanece muy tensa, pero a su regreso de Italia, Madre María Eugenia guarda el recuerdo tranquilizador de sus encuentros con el Papa y los Obispos. Algunos apuntes escritos por las Hermanas conservan este testimonio.